

muy enterado en todas esas cuestiones de cárceles y presidios.

En fin, que *La Unión* aconseja que se hagan trabajos de reparación en el infierno, que amenaza ruina; porque con el infierno, y sólo con él, se puede contener la furia de la revolución que amenaza, etc.

Quiere el infierno para los rojos; porque, dice él, todo ese populacho que no tiene que comer, es capaz de echarse á la calle á buscarse la vida; y ¿á dónde iríamos á parar? Es preciso enseñarles los dientes; es preciso que sepan lo que les espera después de esta vida, en que ya no tienen que comer. Es preciso que sepan que todavía está el rabo por desollar, y que aún les falta padecer en el otro mundo las de Caín, y que eso de morirse de hambre, de frío y de cansancio son tortas y pan pintado en comparación de las penas eternas

La caridad, en todo esto, salta á la vista.

¿Por qué toma con tanto afán el periódico mestizo la restauración del infierno?

Todo eso, en rigor, no es más que una manera ingeniosa de pedir el Gobierno para Cánovas.



UN SABIO MÁS

A la manera que una ormiga cayendo de una torre tiene grandes probabilidades de no hacerse daño, por lo liviano de su peso, del propio modo ciertas instituciones sociales que ya no sirven para nada, ni jamás sirvieron para mucho bueno, viven y viven, sin que nadie tome empeño en matarlas, por lo mismo que no significan nada, y no hacen más daño que el que á la larga produce siempre lo inútil.

Hay hasta grandes religiones que son anacronismos en el siglo, y sin embargo siguen viviendo como en los tiempos en que la conciencia de los pueblos les pertenecía de veras.

Esta clase de existencia solamente se consigue consintiendo en ser una cosa insignificante, de movimientos mecánicos, sin propia fuerza.

La vida social necesita toda la savia para sus nuevas formas y á las instituciones caducas las deja sobrevivir, á condición de contentarse con estar embalsamadas.

El arte de conservar esta clase de vejeces es herencia del Egipto.

Hay en todas las naciones una especie de Museo arqueológico de gabinete ó historia natural-sociológica, en que académicos, leyes, religiones, etc. etcétera, estan disecados, para que el mundo tenga una idea aproximada de cómo eran cuando efectivamente vivían.

El Sr. D. Fermín Lasala, ex-ministro de Fomento, acaba de entrar en una de esas doctas corporaciones, embutidas de salvado como los muñecos baratos.

La Academia de Ciencias morales y políticas ha nacido muerta, es un extracto de ciencia oficial, una de las válvulas por donde respira la vanidad de nuestros políticos, cansados de oirse llamar ignorantes.

D. Florencio Bahamonde, tan enfático como su apellido que parece un flato, Toreno, Cos-Gayón y otros Montesquieu por el estilo, son los académicos más característicos de esta institución. Algunos hay de verdadero mérito; pero esos están allí, ó porque la vanidad pueril suele ser un defecto de los hombres de más valer, ó porque han aceptado el cargo

por no desairar á sus compañeros, á la manera que Posada Herrera, Pedregal y otros asisten al Centro Asturiano por complacer á ciertos paisanos, tan oscuros como amigos de exhibirse.

¿Qué ha hecho hasta hoy la Academia de Ciencias morales y políticas?

Proponer premios en certámenes cuyas cuestiones indican, por el modo de formularlas, que la ciencia es ajena por completo á esta especie de rifas académicas.

Y premiar á veces libros copiados literalmente de otros libros copiados á su vez, y de camino detestables.

Y si se me apura, pondré ejemplos, lamentables ejemplos.

En este santuario del saber es donde acaba de entrar el Sr. Lasala, en compañía de Cos-Gayón, aquel ministro que hace poco se reía en el Congreso de sus propios disparates.

Ambos han hablado de la revolución, y baste decir que á *La Unión* no le parece del todo mal lo que de la revolución han dicho.

Dice *La Unión* que Lasala llevó la historia al fundamento metafísico.

Efectivamente, ha dicho el Sr. Lasala todos los lugares comunes del repertorio de *Ciencias morales y políticas*.

En cuanto á fuentes de estudio, el Sr. Lasala

todavía anda á vueltas con Schelling (sin entenderlo) y con Vera.

Y todo eso leído el día anterior.

¡Hay tantas cosas que hacer para llegar á ministro, antes que estudiar de veras el derecho político!

Todos estos discursos me recuerdan á mí dos inmortales oraciones de dos célebres prohombres, que también son, ó mucho me engaño, académicos morales y políticos.

Alonso Martínez y Pepe Barzanallana.

El primero hablaba del positivismo y del krausismo... y un estudiante de filosofía le derrotó y aniquiló en la *Revista Europea*.

Alonso Martínez demostró que no sabía una palabra de krausismo ni de positivismo.

El discurso de Barzanallana trataba — ¡es natural! — de los impuestos, — hablaba del de consumos, y ensalzó sus ventajas, que eran: primera, con el impuesto de consumos se acrisola la honradez de los empleados en casillas...

Y ¡qué diablo! si nos diéramos á repasar los discursos académicos del amo, de Cánovas del Castillo, ¡sabe Dios los sapos y culebras que encontraríamos! Recuerdo uno de los últimos que leyó en la inauguración de las cátedras del Ateneo.. Allí venía á declararse semi-kantiano; pero no se lo tomó Dios en cuenta, porque no lo hizo con ma-

la intención. ¡Oh qué filósofo podríamos estudiar en el Sr. Cánovas si lo tratáramos con calma!

El Sr. Lasala es de la clase; es un sabio de los de real orden; sabio con uniforme.

Entre, en buen hora, en el templo de la ciencia. Los tontos ya tienen uno más á quien creer bajo su palabra.

Para distinguir á estos sabios morales y políticos cuando van de paisano, hay una señal infalible.

No es una mancha de color de café con leche como esas que suelen dar á conocer á los galguitos extraviados.

La señal de estos sabios consiste en que nunca se les ve donde se discute.

Por eso el P. Sánchez, que no es un sabio, vale más que todos ellos juntos. — Y abur, hasta la recepción de Martínez Campos.

